

Ford Madox Ford

El buen soldado
Una historia de pasión

Traducida del inglés por
José Luis López Muñoz

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Good Soldier*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuares.com

Imagen: © Alexandre Cappellari/Arcángel imágenes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-772-7

Depósito legal: M. 33.656-2019

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Beati immaculati

Carta dedicatoria a Stella Ford

Mi querida Stella*:

Siempre he considerado que esta obra era mi mejor libro..., al menos el mejor del período de la preguerra; y desde que la escribí hasta la aparición de mi siguiente novela debieron de transcurrir casi diez años, por lo que todo lo que haya podido hacer desde entonces hay que considerarlo obra de un hombre distinto..., obra de *tu* hombre. Porque no cabe duda de que sin el incentivo para vivir que me ofreciste tú, difícilmente habría sobrevivido a los años de la guerra, y aún es más evidente que sin tu acicate para que volviera a escribir nunca lo habría hecho. Sucede, además, por una extraña casualidad, que *El buen soldado* es casi el único de mis libros sin dedicatoria: el destino debió de elegir que tuviera que esperar los diez años que ha esperado... para ponerle ésta.

Lo que ahora soy te lo debo a ti: lo que era cuando escribí *El buen soldado* se lo debía a determinada concatenación de circunstancias en una vida bastante desprovista de objetivos y bastante caprichosa. Hasta que me puse a escribir este libro –el 17 de diciembre de 1913– nunca había tratado de ir a galope tendido, por usar una frase

* Stella Ford (1893-1947), pintora australiana con la que Ford vivió de 1919 a 1927 y con quien tuvo a su tercera hija, Julie. Firmaba siempre sus cuadros y sus libros Stella Bowen, pues nunca llegaron a casarse. [N. del T.]

relacionada con la preparación de los caballos de carre-
ras. Y ello debido en parte a que siempre había manteni-
do la idea de que –fuera cual fuese el caso de otros escri-
tores– yo por lo menos no sería capaz de escribir, antes
de llegar a los cuarenta, una novela que estuviera en
condiciones de defender; en parte porque de manera
muy precisa no deseaba competir con otros autores cu-
yos derechos –o cuya necesidad de prestigio y de lo que
ese prestigio lleva consigo– eran superiores a los míos.
Nunca había tratado realmente de poner en ninguna de
mis novelas *todo* lo que sabía acerca del arte de escribir.
Había engendrado de manera bastante inconexa cierto
número de libros –muchos–, pero o pertenecían al géne-
ro de los *pastiches*, y eran por tanto composiciones bas-
tante preciosistas, o se trataba de *tours de force*. Pero siem-
pre me ha obsesionado la escritura..., la manera en que
se debe escribir; ya incluso por entonces, en parte solo y
en parte en compañía de Conrad, había hecho estudios
exhaustivos sobre cómo manejar las palabras y sobre
cómo construir novelas.

De manera que el día que cumplí los cuarenta me
dispuse a demostrar lo que era capaz de hacer..., y el re-
sultado fue *El buen soldado*. Estaba del todo decidido a
que fuese mi último libro. Pensaba entonces –y no estoy
seguro de que ahora piense de manera distinta– que un
libro era suficiente para cualquier hombre y, cuando ter-
miné *El buen soldado*, Londres al menos y, posiblemente,
el mundo entero parecían dominados por nuevos escri-
tores mucho más llamativos. Eran los apasionados días
del cubismo literario, del futurismo y del imaginismo,
y de todo el resto de los alborotadores y bulliciosos *jeunes*
de aquella década tan joven. De manera que yo me con-
sideraba como la anguila que, después de llegar a alta
mar, da a luz a sus crías y muere..., o creía, como el alca

de gran tamaño, que después de haber llegado al sitio asignado y de poner mi único huevo, más me valía morir. Me despedí oficialmente de la literatura en las columnas de una publicación titulada *The Thrush* que también, no siendo más que un alca pobre y pequeña, murió del esfuerzo. Después me dispuse a hacerme a un lado en favor de nuestros buenos amigos –tuyos y míos– Ezra, Eliot, Wyndham Lewis, H. D.*, y del resto de los jóvenes y vociferantes escritores que llamaban a la puerta.

Pero otros clamores más intensos asaltaron Londres y el mundo que hasta aquel momento parecían yacer ante los orgullosos pies de aquellos conquistadores; el cubismo, el futurismo, el imaginismo y los demás movimientos nunca tuvieron su oportunidad entre el retumbar de los cañones, así que he salido otra vez del agujero y junto a tus obras, fuertes, delicadas y hermosas, me he animado a colocar algunas obras mías.

El buen soldado, sin embargo, me sigue pareciendo mi huevo de alca por pertenecer a una raza que no tendrá sucesores y, como se trata de un libro escrito hace ya mucho tiempo, quizá no suponga un exceso de vanidad reflexionar sobre él durante unos instantes. Ningún autor, creo yo, es merecedor de que se le censure por vanidoso si al bajar de la estantería uno de sus libros de hace diez años exclama: «Cielo santo, ¿es posible que yo escribiera tan bien por entonces?», porque, siempre, la verdad implícita es que uno ya no escribe igual de bien, y pocos son tan envidiosos como para censurar los autoelogios de un volcán extinguido.

Sea como fuere, recientemente me he visto forzado a hacer un examen bastante minucioso de este libro para

* H.D.: Hilda Doolittle (1886-1961), poeta y novelista, cofundadora de la escuela *imaginista*. [N. del T.]

traducirlo al francés, lo que me ha obligado a estudiarlo con mucha mayor profundidad de la que hubiese requerido una simple lectura, por minuciosa que fuese. Y voy a atreverme a decir que me dejó asombrado el trabajo que tuve que poner en su construcción, en su intrincada maraña de alusiones y referencias recíprocas. Aunque tampoco hay que asombrarse por ello, ya que si bien escribí el libro con relativa rapidez, llevaba diez años incubándolo. Fue así porque se trataba de una historia real y porque me la contó el mismo Edward Ashburnham y no podía escribirla hasta que hubiesen muerto todos los protagonistas. De manera que la llevé conmigo durante esos años, pensando en ella de vez en cuando.

Por entonces yo tenía una ambición: hacer por la novela inglesa lo que Maupassant había hecho por la francesa con *Fort comme la mort*. Un día tuve mi recompensa cuando, hallándome en un grupo, un joven y ferviente admirador mío exclamó: «¡No hay duda de que *El buen soldado* es la mejor novela en lengua inglesa!», ante lo que mi amigo el señor John Rodker, que siempre ha sentido por mi obra una admiración adecuadamente matizada, replicó con su clara y lenta pronunciación: «Cierto. Pero se ha olvidado usted de un adjetivo. ¡Es la mejor novela francesa en lengua inglesa!».

Con eso –que es mi tributo a mis maestros y a otros franceses cuya superioridad reconozco– dejo ya el libro en manos del lector. Pero antes me gustaría decir una palabra acerca del título. En un principio llamé a este libro «La historia más triste», pero como no se publicó hasta que se nos vinieron encima los días más oscuros de la guerra, el señor Lane me perseguía con cartas y telegramas –¡yo me dedicaba por entonces a otros quehaceres!– para que cambiara el título que, según decía, haría el libro invendible por aquellas fechas. Un día,

cuando estaba en una revista de tropas, recibí un último telegrama suplicante del señor Lane, y como era con respuesta pagada, me apoderé del impreso para la contestación y escribí con precipitada ironía: «Querido Lane, ¿por qué no *El buen soldado?*...». Para consternación mía, el libro apareció seis meses más tarde con ese título.

Nunca he dejado de lamentarlo, pero a partir del final de la guerra he recibido tantas pruebas de que el libro se ha leído con ese nombre que no me atrevo a cambiarlo por temor a causar confusión. Si durante la guerra se hubiera presentado la oportunidad no habría dudado en hacer el cambio, porque sólo contaba con dos testimonios directos de que alguien hubiese oído hablar de mi novela. En una ocasión me encontré con que el asistente que tenía en mi regimiento acababa de volver de permiso y parecía estar muy enfermo. «¡Cielo santo, muchacho!, ¿qué demonios te pasa?», le dije. Y él me contestó: «Bueno, anteaer le pedí a mi novia que se casara conmigo y hoy he estado leyendo *El buen soldado*».

En otra ocasión, también en una revista de tropas que incluía unos ejercicios de instrucción en Guards' Square de Chelsea, estaba muy nervioso porque tenía que hacer los ejercicios delante de media docena de ancianos caballeros, jefes de muy alta graduación, y conseguí aturdir a mis hombres todo lo que es posible hacerlo con los miembros de la Coldstream Guard de Su Majestad. Mientras permanecía rígidamente en posición de firmes, uno de los ancianos caballeros de muy alta graduación se me acercó por la espalda y me dijo al oído con toda claridad: «¿Ha dicho usted *El buen soldado?*». Por lo que no cabe duda de que el señor Lane consiguió vengarse. En cualquier caso, ya he aprendido que la ironía puede ser un arma de dos filos.

Tú, mi querida Stella, me habrás oído contar estas historias muchísimas veces. Pero ahora que los mares nos separan, las incluyo en esta carta que leerás antes de volver a verme, y espero que te alegren un poco con la ilusión de escuchar una voz familiar y llena de afecto. Y así la firmo con toda sinceridad y con la esperanza de que aceptes de inmediato la dedicatoria particular de este libro y la general de la edición.

Tuyo,

F. M. F.

Nueva York, 9 de enero de 1927

Primera parte

I

Ésta es la historia más triste que jamás he oído. Durante nueve temporadas habíamos mantenido unas relaciones muy íntimas con los Ashburnham en Nauheim... O, más bien, habíamos mantenido con ellos unas relaciones tan flexibles y tan cómodas y sin embargo tan íntimas como las de un guante de buena calidad con la mano que protege. Mi mujer y yo conocíamos al capitán Ashburnham y a su esposa todo lo bien que es posible conocer a alguien, pero, por otra parte, no sabíamos nada acerca de ellos. Se trata, creo yo, de una situación que sólo es posible en el caso de los ingleses, sobre quienes, incluso en el día de hoy, cuando me paro a dilucidar lo que sé de esta triste historia, descubro que vivía en la más completa ignorancia. Hasta hace seis meses no había pisado nunca Inglaterra y, desde luego, nunca había sondeado las profundidades de un corazón inglés. No había ido más allá de sus aspectos más superficiales.

No quiero decir con eso que no conociéramos a muchos ingleses. Por vivir en Europa, como nos veíamos obligados a hacerlo, y por ser, como estábamos obligados a serlo, americanos ociosos, lo cual equivale a decir que éramos muy poco americanos, no nos quedaba otro remedio que frecuentar la compañía de los ingleses de clase alta. Porque nuestra casa era París, algún lugar comprendido entre los límites de Niza y Bordighera nos proporcionaba todos los años cuarteles de invierno, y

Nauheim nos recibía sin falta de julio a septiembre. Deducirá usted de estas afirmaciones que uno de los dos estaba, como suele decirse, «delicado del corazón», y, cuando le diga que mi esposa ha muerto, comprenderá que la enferma era ella.

Aunque el capitán Ashburnham también estaba delicado del corazón, pasar un mes al año en Nauheim lo dejaba en perfectas condiciones para los otros once, mientras nuestros dos meses apenas bastaban para mantener viva a la pobre Florence de un año para otro. La razón de que el capitán estuviera delicado del corazón era al parecer el polo, o un exceso de deportes violentos durante su juventud. La razón de la destrozada vida de la pobre Florence fue una tormenta en el mar durante nuestra primera travesía hacia Europa, y el motivo básico de nuestra reclusión en el Viejo Continente era la prescripción de los médicos. Decían que incluso la breve travesía del canal de la Mancha podía muy bien acabar con mi pobre esposa.

Cuando los conocimos, el capitán Ashburnham, que, por razones de enfermedad, había regresado a Europa de una India a la que nunca volvería, tenía treinta y tres años; la señora Ashburnham –Leonora–, treinta y uno. Yo treinta y seis, y la pobre Florence treinta. De manera que ahora mi mujer tendría treinta y nueve y el capitán Ashburnham cuarenta y dos; yo, por mi parte, he alcanzado los cuarenta y cinco y Leonora los cuarenta. Como puede usted ver, nuestra amistad fue un asunto de la primera edad madura, ya que todos éramos tranquilos por temperamento, y los Ashburnham, de manera especial, eso que en Inglaterra, de ordinario, se denomina «gente muy bien».

Descendían, como probablemente ya habrá usted adivinado, de los Ashburnham que acompañaron al ca-

dalso a Carlos I y, como también cabe esperar en este tipo de ingleses, no hacían de ello la menor ostentación. La señora Ashburnham era una Powys; Florence, una Hurlbird de Stamford, en Connecticut, donde, como usted sabe, la gente está más chapada a la antigua que los mismos habitantes de Cranford, en Inglaterra. Yo, por mi parte, soy un Dowell de Filadelfia, en el estado de Pensilvania, donde, es un hecho históricamente cierto, hay más familias inglesas con solera de las que podrían encontrarse en seis condados británicos. Siempre llevo conmigo a todas partes –como si se tratara de la única cosa que todavía me liga de manera invisible con algún lugar sobre la superficie de la tierra– la escritura de propiedad de mi granja, donde ahora se alzan varias manzanas de casas entre Chestnut y Walnut Street. Estas escrituras de propiedad están compuestas por cuentas cilíndricas hechas de conchas, y son la donación de un jefe indio al primer Dowell, que salió de Farnham, en Surrey, acompañando a William Penn. La familia de Florence, como sucede con frecuencia en el caso de los habitantes de Connecticut, procedía de los alrededores de Fordingbridge, donde se encuentra la casa solariega de los Ashburnham. Es ahí donde escribo en estos momentos.

Quizá pregunte usted, y con toda razón, por qué me molesto en escribir. Pero lo cierto es que tengo muchos motivos. Porque existe con frecuencia entre los seres humanos que han presenciado el saqueo de una ciudad o la desintegración de una raza el deseo de poner por escrito lo que han visto para beneficio de herederos desconocidos o de generaciones infinitamente remotas; o, si usted lo prefiere, para sacarse esas imágenes de la cabeza.

Alguien ha dicho que la muerte de un ratón enfermo de cáncer es lo mismo que el saco de Roma por los bár-

baros, y yo le juro a usted que la desintegración de nuestro pequeño círculo, con sus cuatro esquinas, fue otro de esos acontecimientos impensables. Supongamos que se hubiera tropezado usted con nosotros, cuando estábamos sentados alrededor de una de las mesitas delante del club, pongamos por ejemplo, de Homburg, tomando el té una tarde cualquiera y contemplando el minigolf; sin duda hubiera usted dicho que, tal como está la vida, constituíamos un castillo inexpugnable. Éramos, si usted lo prefiere, uno de esos barcos esbeltos de velas blancas sobre un mar azul, una de esas cosas que parecen especialmente gloriosas y seguras entre todas las cosas hermosas y seguras que Dios ha permitido concebir a la mente humana. ¿En qué mejor sitio podría uno refugiarse? ¿Dónde mejor?

¿Seguridad? ¿Estabilidad? No puedo creer que hayan desaparecido. No me hago a la idea de que aquella vida pausada y tranquila, que era exactamente como los pasos de un minué, se desvaneciera en cuatro días catastróficos al final de nueve años y seis semanas. Se lo aseguro, créame, nuestra intimidad era como un minué, simplemente porque en cada posible ocasión y en cada posible circunstancia sabíamos, de manera unánime, adónde ir, dónde sentarnos, qué mesa escoger; y podíamos levantarnos y marcharnos los cuatro sin que ninguno diera la señal, siempre al ritmo de la orquesta del balneario, siempre tomando un sol no demasiado fuerte, o, si llovía, refugiándonos en sitios discretos. No, desde luego; no puede haber desaparecido. No se puede matar un minué *de la cour*. Cabe cerrar el libro con las partituras y bajar la tapa del clavicordio; en la alacena y en el armario quizá las ratas destruyan las cintas de satén blanco; tal vez el populacho saquee Versalles; quizá se derrumbe el Trianón; pero sin duda alguna el minué..., el auténtico

minuet itself se alejará danzando hasta las estrellas más remotas, incluso mientras el nuestro, el de los establecimientos balnearios de Hesse, lleva camino de detenerse por completo. ¿Es que no hay ningún cielo donde las antiguas y hermosas danzas, donde las antiguas y hermosas intimidades se prolonguen indefinidamente? ¿No hay algún Nirvana en el que perdure la suave vibración de instrumentos que ya se han transformado en el polvo de la amargura, pero que poseen, sin embargo, almas frágiles, trémulas e imperecederas?

¡No, Dios mío, es falso! No era un minué lo que bailábamos; estábamos en una cárcel..., una cárcel llena de vociferantes ataques de histeria, reprimidos para que no hicieran más ruido que las ruedas de nuestro carruaje mientras recorríamos las sombreadas avenidas de Tausnus Wald.

Y, sin embargo, juro por el sagrado nombre de mi creador que era verdad. Era la verdadera luz del sol; la verdadera música; el verdadero murmullo de las fuentes desde las bocas de los delfines de piedra. Porque, si para mí éramos cuatro personas con los mismos gustos, con los mismos deseos, actuando –o, no, sin actuar–, sentándonos aquí y allá de manera unánime, ¿no es eso la verdad? Si durante nueve años he sido dueño de una hermosa manzana que tenía el corazón podrido y sólo descubrí su podredumbre al cabo de nueve años y seis semanas menos cuatro días, ¿acaso miento al decir que durante nueve años he poseído una hermosa manzana? Y lo mismo sucede con Edward Ashburnham, con Leonora, su esposa, y con mi pobre y querida Florence. Y, si se pone usted a pensarlo, ¿no es un poco extraño que la mala salud de dos –por lo menos– de los pilares de nuestra casa con cuatro esquinas nunca se me apareciera como una amenaza para su solidez? Ni siquiera me su-

cede ahora, aunque los dos están ya muertos. No sé... No sé nada –absolutamente nada– del corazón de los seres humanos. Sé únicamente que estoy solo..., horriblemente solo. Ningún fuego de chimenea será ya para mí testigo de unas relaciones amistosas. Ningún salón de fumadores estará poblado por otra cosa que imprevisibles falsificaciones entre espirales de humo. Y sin embargo, por el amor de Dios, ¿qué es lo que sé yo, si no estoy al tanto de la vida junto al hogar de la chimenea y en el salón de fumadores, cuando toda mi vida ha transcurrido en esos sitios? ¡La tibia atmósfera junto a la chimenea...! Allí estaba Florence, por ejemplo: juraría que durante los doce años que sobrevivió a la tempestad que, al parecer, debilitó irreparablemente su corazón..., no la perdí de vista ni un solo minuto, excepto cuando la dejaba convenientemente arropada en la cama y bajaba para hablar un rato con alguien en uno de los salones, o salía a dar una última vuelta fumando un cigarro antes de acostarme. No culpo a Florence, compréndalo. Pero ¿cómo pudo enterarse de todo lo que sabía? ¿Cómo llegó a saberlo? A saberlo de manera tan exhaustiva. ¡Cielo santo! No parece que hubiera tiempo suficiente. Debí de ser cuando yo tomaba los baños, o hacía gimnasia sueca, o iba a la manicura. Dada la vida que llevaba, de enfermero cuidadoso y esforzado, tenía que hacer algo para mantenerme en forma. ¡Tuvo que ser en esos momentos! Aunque ni siquiera entonces dispuso del tiempo suficiente para mantener las interminables conversaciones llenas de sabiduría mundana que Leonora me ha relatado a raíz de su muerte. ¿Y es posible imaginar que durante nuestros reglamentados paseos por Nauheim y sus alrededores encontrara tiempo para sacar adelante las prolijas negociaciones que de hecho conducía entre Edward Ashburnham y su mujer? ¿Y no es increíble que

durante todo aquel tiempo Edward y Leonora no intercambiaran nunca una sola palabra en privado? ¿Qué debe pensar uno sobre la raza humana?

Porque le juro que formaban la pareja modelo. Edward se desvivía por Leonora sin caer en excesos ridículos. ¡Tan apuesto, con unos ojos azules tan sinceros, el adecuado toque de ingenuidad, y una bondad tan manifiesta! Y ella..., tan alta, tan maravillosa cuando montaba a caballo, tan rubia. Sí, Leonora era muy rubia y tan exactamente lo que tenía que ser que todo ello parecía demasiado bueno para ser verdad. Quiero decir que, en general, uno no se encuentra de ordinario con tantas perfecciones reunidas. Pertenecer a la aristocracia rural, tener todo el aire de la aristocracia rural, ser pudiente de una manera tan perfecta y adecuada; poseer unos modales tan exquisitos..., con el atenuante incluso de ese toque de insolencia que parece imprescindible. ¡Tenerlo todo y ser todo eso! No; era demasiado bueno para ser verdad. Y, sin embargo, esta misma tarde, al hablar sobre todo ello, Leonora me ha dicho: «Una vez traté de tener un amante pero me sentí tan enferma, tan destrozada, que tuve que rechazarlo». Me ha parecido la cosa más asombrosa que he oído nunca. «Me tenía ya entre sus brazos –ha dicho–. ¡Un hombre tan apuesto! ¡Tan excelente persona! Y yo me decía, con furia, susurrando entre dientes como dicen en las novelas..., y de verdad apretándolos mucho: me decía a mí misma: “Ahora estoy completamente decidida y voy a pasarlo bien por una vez en la vida..., ¡por una vez en la vida!”. Estábamos a oscuras en un coche de caballos, de regreso del baile con que se celebra el final de una cacería. ¡Teníamos que recorrer dieciocho kilómetros! Y luego, de repente, la amargura de la pobreza interminable, de los interminables fingimientos..., todo ello se me vino encima

como una maldición, y echó a perder aquel momento. Sí, me di cuenta de que estaba incapacitada para pasarlo bien incluso cuando se presentaba la oportunidad. Así que me eché a llorar, y estuve llorando y llorando los dieciocho kilómetros. ¿Se lo imagina? ¡Llorando! Y poniendo en ridículo de aquella manera a un chico tan estupendo. Porque no estaba sabiendo comportarme, ¿no es cierto?».

No lo sé; no lo sé; aquella última observación, ¿era la opinión de una cortesana, o es eso lo que toda mujer decente, tanto si es de la aristocracia rural como si no, piensa en lo más hondo de su corazón? ¿O lo piensa todo el tiempo si vamos a ello? ¿Quién sabe?

Sin embargo, si uno ignora eso hoy y ahora, a la altura de civilización que hemos alcanzado, después de todos los sermones y de todos los moralistas, y de todas las enseñanzas de todas las madres a sus hijas *per saecula saeculorum...*, aunque quizá sea eso lo que las madres enseñan a sus hijas, no con los labios sino con los ojos, o con un corazón susurrándole a otro corazón. Y, si no sabemos siquiera eso sobre el abecé del mundo, ¿qué es lo que sabemos y para qué estamos aquí?

Le pregunté a la señora Ashburnham si le había contado aquel episodio a Florence y qué había dicho mi mujer y me contestó: «Florence no hizo ningún comentario. ¿Qué podía haber dicho? No había nada que decir. Con la pobreza agobiante que tuvimos que soportar para cubrir las apariencias, y la manera en que se presentó la pobreza..., ya sabe usted lo que quiero decir..., cualquier mujer tendría derecho a echarse un amante y aceptar regalos por añadidura. Florence dijo una vez acerca de una situación muy parecida (estaba un poco demasiado bien educada, era demasiado americana para personalizar) que se trataba de un caso perfecto de viaje sin desti-

no decidido, y que la mujer podía comportarse siguiendo la inspiración del momento. Lo dijo en americano, por supuesto, pero era ése el sentido. Creo que sus palabras fueron exactamente éstas: “Era la mujer quien tenía que decidir si lo tomaba o lo dejaba...”».

No quiero que piense que estoy describiendo a Teddy Ashburnham como un desalmado. No creo que lo fuera. Quién sabe, quizá todos los hombres sean así. Porque como ya he dicho, ¿qué sé yo, incluso del salón de fumadores? Va llegando la gente y cuenta las historias más increíblemente groseras..., tan groseras que le hacen daño a uno. Y sin embargo, esos hombres se ofenderían si alguien sugiriera que no son el tipo de persona a quien uno dejaría a solas con su mujer. Y es muy probable que tuvieran toda la razón al ofenderse..., es decir, si es que se puede dejar solos a un hombre y a una mujer. Pero ese tipo de individuo sin duda disfruta más escuchando o contando historias groseras..., que con ninguna otra cosa en el mundo. Cazarán lánguidamente, se vestirán lánguidamente, cenarán lánguidamente, trabajarán sin entusiasmo y les parecerá muy aburrido mantener una conversación de tres minutos sobre cualquier cosa y, sin embargo, cuando empiece ese otro tipo de conversación, reirán y se despertarán y se revolcarán regocijados en sus asientos. Por ello, si tanto se divierten con esas narraciones, ¿cómo es posible que se ofendan, y que se ofendan con razón, ante la sugerencia de que quizá intenten poner a prueba el honor de nuestra esposa? Edward Ashburnham, en cambio, era la persona de aspecto más honesto que quepa imaginar; excelente magistrado, soldado de primera clase, uno de los mejores terratenientes, según decían, de Hampshire, en Inglaterra. Con los pobres y con los borrachos impenitentes, yo mismo soy testigo, se comportaba como guardián con-